

proporcionaba á su capital una colocación que le daba el seis ó el siete por ciento de interés, y lo era á los acreedores del Estado porque mantenía el valor de su hipoteca á un tipo regular. Por lo demás esta operación no era muy digna de censura atendidas las costumbres de la época, pues entonces á nadie se le había aún ocurrido que las compras del Estado deben ser constantes y cotidianas como una función regular, y no accidentales como una especulación.

No teniendo á la mano los capitales del ejército, mandó Napoleón que la caja de servicio hiciese los anticipos, y así aprontó esta caja para la compra de rentas hasta la cantidad de treinta millones de francos. No se limitó á esto; tenía el Banco desde la emisión de sus nuevas acciones, capitales muertos que no sabía en qué invertir por no desarrollarse el descuento proporcionalmente al capital que Napoleón había querido reuniese. El producto era, pues, de un siete por ciento al tipo de la renta, y ofrecía por consiguiente más ventajas que el mismo descuento. Exigió Napoleón que invirtiese el Banco una suma cuantiosa en rentas, y así lo verificó, siendo esto tan conforme á su interés bien entendido como al del Estado, por cuanto no había á la sazón colocación más ventajosa que la que se designaba. Por medio de estas compras combinadas, llevadas á cabo con toda resolución y carácter por espacio de uno ó dos meses, quedaron vencidos los especuladores á la baja y muchos de ellos arruinados, y los fondos públicos volvieron á subir á ochenta, que era el tipo que á juicio de Napoleón cumplía al decoro de su gobierno. Todo lo que excediese de este tipo era á sus ojos indicio de la prosperidad exuberante que se prometía restituir en breve al imperio con sus victorias; pero el no llegar á él era señal de decadencia que no podía tolerarse. Decidió, pues, que siempre que el movimiento de los fondos los hiciese bajar á ochenta, hiciese el Tesoro nuevas compras; de modo que á pesar de todas las tentativas de los jugadores á la baja, que son los jugadores de peor especie puesto que especulan con el empobrecimiento de la cosa pública, se sostuvo el mercado por el poder de ese especulador extraordinario que tenía á su disposición todos los recursos del Tesoro y de la victoria juntos. Este triunfo le causó tanta satisfacción como cualquier batalla ganada á los rusos ó á los austriacos. «Ya están vencidos los *bajistas*, dijo á Mr. Mollién; estoy seguro de que no vuelven á la carga, y entretanto ya hemos asegurado á los acreedores del Estado el capital á que tienen derecho de aspirar, porque el tipo de ochenta es el que yo quiero garantizarles, y además hemos encontrado buena colocación para el tesoro del ejército.» Dispuso en seguida que se diesen algunas subvenciones secretas á varios de los vencidos en aquella lucha rentística. Síntoma singular y muy digno de observación, era en verdad esta guerra declarada que hacían los especuladores á la política de Napoleón, cuando aún la opinión inquieta se limitaba á meras y vagas murmuraciones. ¿Por qué se obstinaría él en cerrar los oídos á esta lección, por humilde que fuese su procedencia, olvidando que, suene dondequiera, siempre la verdad es provechosa?

Estas diversas atenciones le absorbieron desde fines de agosto hasta los últimos días de septiembre. Ya pronto habían de verificarse las vistas de Erfurt. En

este intervalo consiguieron plenamente su objeto las manifestaciones de la diplomacia imperial. El Austria, intimidada desde el regreso de Napoleón á París, había cedido mucho de sus exigencias. Al verse abocada formalmente á una guerra sangrienta con las declaraciones que aquél había hecho, y que confirmaba el llamamiento de los soldados alemanes, entró en reflexiones más juiciosas. Conveníale por otra parte á esta potencia aplazar sus resoluciones; porque de decidirse á un nuevo armamento era preferible esperar que pasasen de Alemania á la península cien mil franceses, y que sus preparativos hubiesen llegado á adquirir un nuevo grado de perfección. No titubeó, pues, en dar explicaciones que pudieran calmar la exasperación de Napoleón y alejar el rompimiento: achacó sus armamentos á una supuesta reorganización del ejército austriaco, comenzada, según decía, por el archiduque Carlos y continuada por él mismo con perseverancia desde más de dos años atrás; lo que á nadie ciertamente podía sorprender ni parecer ofensivo. Por lo tocante á la indulgencia con que la Inglaterra había procedido en el Adriático para con el pabellón austriaco, la explicó no como una secreta connivencia, sino como un resto de los miramientos que las dos naciones se habían siempre guardado á fuer de antiguas aliadas. Por último, en lo concerniente al reconocimiento del rey José, eludió las indicaciones de la diplomacia francesa, aplazándola de un día para otro so pretexto de no haber podido aún fijar la atención del emperador Francisco sobre tan grave asunto.

No se engañó Napoleón acerca del sentido y de la sinceridad de las respuestas del Austria; pero comprendió claramente por su lenguaje que en todo el año corriente no se decidiría á hacer la guerra y que por lo tanto le quedaría á él tiempo de acabar una campaña breve é impetuosa allende el Pirineo. Si alguna duda podía haber en esto, pronto las conferencias de Erfurt iban á disiparla. La Prusia había ratificado con toda premura el convenio de evacuación, y hasta los artificios secretos que limitaban de un modo tan estricto su estado militar; pero pedía como favor insigne plazos menos angustiosos para el pago de los ciento cuarenta millones que aún tenía que satisfacer. Esperaba conseguirlo mediante la intervención personal y directa del emperador Alejandro en Erfurt, pues para todos era la famosa entrevista anunciada á la Europa entera, y objeto ya de todas las conversaciones, motivo de esperanzas ó temores. Negaban unos que llegase á tener efecto, y otros por el contrario lo afirmaban, cada cual según su deseo. Ni faltaba quien supusiese que iban á asistir á ella otros soberanos también, como el rey de Prusia ó el emperador de Austria, que no habían sido invitados; pues exceptuados los soberanos de Francia y Rusia, sólo se había llamado, ó autorizado á asistir por desearlo ellos, á ciertos príncipes de quienes se esperaban más rendidos homenajes ó más ruidosa pompa.

Lo único cierto entre tantos rumores contradictorios de la gente curiosa y desocupada, era que en efecto las vistas iban á celebrarse el 27 de septiembre en Erfurt, á pocas leguas de Weimar. El emperador Alejandro, que tanto las había deseado, mal podía negarse á ellas ahora que se le ofrecían. Por otra parte, sus propios asuntos no sólo le permitían concurrir á ellas sino que

hasta exigían que así lo hiciese, por cuanto en la Finlandia las cosas empezaban á mejorar de aspecto, los ingleses habían abandonado el Báltico y los acontecimientos se sucedían con gran rapidez en Oriente. Aceptó, pues, con verdadero júbilo la ocasión de volver á ver á Napoleón y de alcanzar de él finalmente el logro, completo ó parcial por lo menos, de sus más ardientes deseos. Mr. de Romanzoff, que en cuanto era posible mostraba más ahinco todavía que el mismo Alejandro por la satisfacción de aquel anhelo, había aprobado tan importante entrevista tanto como su soberano, é iba á acompañarle. Además de Mr. de Romanzoff, quería Alejandro llevar consigo á su hermano el gran duque Constantino, como autoridad militar, á Mr. de Tolstoy, que era el jefe de su servidumbre y hermano del embajador de Rusia en París, y con estos dos personajes varios ayudantes de campo. Para allanarse las relaciones con la corte imperial de Francia deseaba que monsieur de Caulaincourt, á quien tenía ya costumbre de ver diariamente y de hablar con toda franqueza, fuese también á Erfurt. Antes de ponerse en camino, quería sólo que se facilitase el medio de ver á su paso por Koenigsberg á los reyes de Prusia, tan desgraciados con su reciente ruina, para dirigirles algunas palabras de consuelo, pues ciertamente aunque les fuese muy satisfactorio el convenio de evacuación desde el punto de vista de la independencia territorial, por lo relativo á las exigencias pecuniarias debía desconsolarlos profundamente; y era debilidad muy característica de Alejandro, aunque dimanada de su buen corazón, el querer siempre decir á los que veía lo que juzgaba que había de halagarles el oído. Este deseo era en él irresistible necesidad tratándose de los reyes de Prusia, cuyo infortunio era para su corazón un torcedor continuo: así que insistió en que se le autorizase á hacerles á su paso por Koenigsberg algunas nuevas promesas de alivio, á que Mr. de Caulaincourt, que carecía de instrucciones para este caso, no accedió sino con grandes reservas y protestas, y conseguida dicha autorización tomó todas sus disposiciones para poderse hallar en Erfurt el 27 de septiembre, permaneciendo sólo un día en la malhadada corte de Prusia.

En San Petersburgo el partido hostil á la política de la alianza, que celebraba los reveses padecidos por la Francia en la España, encareciendo los que la Rusia sufría en la Finlandia y deplorando con afectación los males que amenazaban al comercio ruso, censuraba agriamente la entrevista de Erfurt. Decían los de este partido, que después de las infamias consumadas en Bayona era una conducta muy poco honrosa el bajarse hasta el extremo de ir á visitar al que las había cometido, sin duda con objeto de ratificar todo lo que ya había hecho y todo lo que le faltaba hacer. Era además de notar que el representante del Austria se había propasado sobre este punto á ciertos dichos atrevidos que había sido preciso corregir. Los parciales de la emperatriz madre, aunque no con mucha reserva, observaban una conducta decorosa al ver la voluntad formal de Alejandro; sin embargo, cuando llegó el momento crítico, aquella princesa, no pudiendo contenerse en presencia de los peligros á que creía expuesto á su hijo, dirigió á Mr. de Romanzoff acerbos reconvenciones culpándole de arrastrar á Alejandro al precipicio, y di-

ciéndole que tal vez encontraría el emperador de Rusia en Erfurt lo que los desgraciados reyes de España habían encontrado en Bayona. Últimamente, expresó sus temores al mismo emperador, el cual procuró tranquilizarla más bien como hijo sumiso que como soberano absoluto, aunque humillado de que tan mal se interpretasen sus resoluciones y las consecuencias que de ellas podían dimanar. Estas suposiciones descabelladas probaban dos cosas: la obcecación de los gabinetes antiguos y el vigor que la desacertada conducta de Napoleón en Bayona había comunicado á sus preocupaciones.

No hizo Alejandro caso ninguno de estos temores: salió de San Petersburgo con su hermano y algunos ayudantes de campo (precediéndoles Romanzoff y Caulaincourt), y corrió la posta viajando con tanta celeridad como sencillez. Estaba convenido que Napoleón se encargaría en Erfurt, como hallándose en sus propios Estados, de toda la parte material necesaria para aquella gran solemnidad, de modo que Alejandro no tuviese más que trasladarse allí con su comitiva. Viajaba, pues, con una silla de posta, más velozmente que ningún correo: detúvose el 18 de septiembre en Koenigsberg, mostró compadecerse sobremanera de los infortunios de sus antiguos aliados, reducidos casi á vivir en la indigencia en uno de los confines de su reino, y continuó inmediatamente su viaje á Weimar.

Era el joven zar acogido con los mayores honores en todos los puntos donde había tropas francesas: encontraba á los diversos cuerpos de ejército sobre las armas, de gran gala, exclamando: ¡Viva Alejandro! ¡Viva Napoleón! Pasábales revista, felicitábales por su marcial continente, que tan bien cuadraba con su valor, y los cautivaba con su extremada afabilidad. Envió Napoleón á recibirle al mariscal Lannes, ya duque de Montebello, para que le hiciese los honores acompañándole desde la frontera de la Confederación del Rin, que se extendía hasta Bromberg, y Alejandro colmó de agasajos y se granjeó completamente el afecto de este antiguo militar, que, aunque muy adherido á sus instintos revolucionarios, era sin embargo sensible á las mercedes y munificencias con que pluguiese colmarle á cualquier empinado trono.

Llegó Alejandro á Weimar el 25 de septiembre, resuelto á detenerse en esta corte de familia hasta el 27, que era el día fijado para las vistas de Erfurt.

Napoleón por su parte salió de París, precedido, rodeado y seguido de cuantos personajes encumbrados había en su ejército y en su palacio. Uno de los que le precedían era Mr. de Talleyrand, para imprimir la dirección que más le convenía al lenguaje y á la actitud de todos los concurrentes; pues aunque ya estaba descontento de algunos dichos de este personaje sobre los asuntos de España, á los cuales procuraba Talleyrand aparecer extraño desde que habían tomado mal giro, quería Napoleón tenerle á su lado para echar mano de él si era preciso para ciertas comunicaciones delicadas que no podría desempeñar Mr. de Champagny. Asistían al viaje muchos generales y diplomáticos. La Alemania estaba representada por multitud de príncipes coronados. El rey de Sajonia puso empeño en presentarse en Erfurt desde el día 26. Esta pequeña ciudad, antiguo dominio de un príncipe eclesiástico, acostumbrada, co-

mo Weimar y otras muchas capitales de Alemania consagradas á los estudios, á una tranquilidad inalterable, se convirtió en aquellos días en una población animada, deslumbradora, llena de militares, de palacios y funcionarios, de carruajes y de gente de librea. Circulaban por ella como simples habitantes reyes, príncipes, grandes señores y dignatarios del antiguo y del nuevo régimen, y habíase hecho preceder allí Napoleón por todo cuanto era menester para disfrazar con la elegancia, la magnificencia y los placeres la gravedad de los negocios. Llegó el 27 de septiembre á las diez de la mañana, y después de recibir á las autoridades civiles y militares, que habían acudido de todas las cercanías, á los diplomáticos de Europa, á los potentados de la Confederación del Rin y al rey de Sajonia, salió de Erfurt á caballo hacia mediodía con un numerosísimo estado mayor para ir á recibir al emperador Alejandro, que venía de Weimar en carruaje abierto. Dista Weimar cuatro ó cinco leguas de Erfurt: encontró Napoleón á su aliado á las dos leguas, y al divisar el carruaje en que iba puso su caballo al galope como para manifestar mejor su impaciencia; al reunirse los dos emperadores, se apearon y se abrazaron cordialmente con todas las muestras de experimentar el mayor placer en volverse á ver: placer verdaderamente sincero, porque además de ser para ellos una necesidad suma el conferenciar acerca de sus negocios, se tenían mutua simpatía. Había caballos prevenidos para Alejandro y su comitiva; montaron los dos emperadores marchando el uno junto al otro, conversando con la mayor efusión, y pidiéndose recíprocamente noticias de sus respectivas familias, como si estas familias de idéntico origen se hubiesen tratado y profesado estimación desde mucho tiempo atrás, y alborozando finalmente con su presencia á todos los habitantes de la tierra circunvecina, que allí habían acudido ansiosos de verlos, y que libraban en la estrecha concordia de ambos soberanos su felicidad y la esperanza de no volver á ver más aquellos formidables ejércitos que dos años antes, en la misma estación y en los mismos lugares, habían assolado sus férricas campañas.

Llegados que fueron á Erfurt, presentó Napoleón al emperador Alejandro todos los personajes admitidos á aquella vista, empezando por los reyes y príncipes, después de lo cual volvió á acompañarle hasta el palacio que le tenía destinado. Siendo Napoleón el que brindaba con la hospitalidad al soberano del Norte, la comida debía ser en su palacio diariamente. Aquella noche se celebró un festín espléndido en que se sentaron juntos Napoleón, Alejandro, el gran duque Constantino, el rey de Sajonia, el duque de Weimar, el príncipe Guillermo de Prusia, y por último los príncipes reinantes, los títulos y los demás personajes civiles y militares. Iluminóse la ciudad y terminado el banquete asistieron todos á una representación del *Cinna*, desempeñada por los más sobresalientes actores trágicos que ha producido la Francia. Quiso Napoleón que las representaciones de tragedia francesa empezasen con el grandioso espectáculo del fundador del imperio romano, que con su acertada clemencia supo desarmar los partidos y robustecer con ellos su poder (1).

(1) *Cinna* era un descendiente de Pompeyo que á pesar de haber sido colmado de beneficios por Augusto, conspiró contra él;

Convínose en que durante los festejos se aprovecharían todas las ocasiones para tratar con libertad de los graves intereses que iban á discutirse, ya por la mañana, ya por la noche, en el gabinete y en el paseo. Al trasladarse á Erfurt ya tenía Napoleón tomada su resolución acerca de los puntos esenciales que habían de discutirse en la entrevista. Primero en cuanto al Oriente había abandonado toda idea de repartición, conociendo por ciertas discusiones, á que había accedido por mera complacencia, que le era imposible entenderse con la Rusia sobre este punto. Para ésta nada era el imperio turco entero sin Constantinopla, pues la cuestión, según la miraban Alejandro y Mr. de Romanzoff, consistía únicamente en la posesión de los dos estrechos. Pero si dando á Constantinopla, daba Napoleón á los rusos el porvenir de la Europa, dábales una conquista más ruidosa que todas las suyas; al paso que pagando por decirlo así al contante la alianza de la Rusia, sacrificándole inmediatamente una parte del territorio turco que con tanto frenesí ambicionaba, podía halagarla lo bastante para dejarla satisfecha y granjársela completamente en las circunstancias actuales. Para los designios de Napoleón con esto bastaba.

Reducíase pues su proyecto actual de seducción para con la Rusia á substituir á un sueño deslumbrador, pero peligroso para Europa, una realidad menos fascinadora, pero inmediata. El lenguaje que en los últimos meses usaban el emperador Alejandro y Mr. de Romanzoff probaba á todas luces que, á pesar de la exaltación de sus esperanzas, renunciarían sin gran dificultad á la pretensión de repartir el imperio turco, atendida la imposibilidad de ponerse de acuerdo, siempre que se les entregase inmediata y definitivamente un trozo de territorio que fuese á su gusto en la margen del Danubio. Conceder esto á la ambición rusa era grave sin duda alguna, pero no tan peligroso como hacerle otras concesiones: era principalmente enojoso para el Austria, de cuya pesadumbre no había que cuidarse, é inevitable después de haberse suscitado tan grandes embarazos en España. Según la posición en que nos habían colocado los últimos acontecimientos, este sacrificio era indispensable, y reducido á ciertas proporciones no excedía, ni siquiera igualaba, las ventajas que la Francia por su lado conseguía.

En cambio quería Napoleón exigir de la Rusia una alianza íntima así en paz como en guerra, una cooperación absoluta contra el Austria y la Inglaterra. Era por lo demás imprescindible esta cooperación, porque al conceder Napoleón la Valaquia y la Moldavia á la Rusia, le hacía un donativo que indisponía inevitablemente á Alejandro con aquellas dos potencias. Habiendo, pues, de ser la enemistad el resultado de esta causa esencial, convenía concertarse de antemano para hacerles frente, y la alianza ofensiva y defensiva era consecuencia inmediata.

Al resignarse, pues, á ceder las provincias del Danubio, tenía Napoleón un medio casi infalible para hacer que la conferencia de Erfurt produjese el fin que deseaba. Una vez bien fijado su plan, no le era difícil, como consumado en el arte de arrastrar y dominar á los hom-

perdonóle sin embargo el glorioso fundador del imperio, y sobre este acto de clemencia versa el argumento de la tragedia de Corneille. (N. del T.)

bres cuando á ello quería dedicarse, hacer entrar á Alejandro en sus miras.

Después de consagrados los primeros momentos á las protestas de uso, entraron los dos soberanos en materia con todo calor sobre los puntos capitales que habían de tratar. Reprodujo Alejandro sus reflexiones de costumbre acerca de la conveniencia y necesidad de unir los dos imperios: afirmó de nuevo que no abrigaba en su corazón el más leve sentimiento de envidia, pero que la Francia acababa de adquirir inmensos engrandecimientos y que, si deseaba alguna compensación para la Rusia, no era tanto por él mismo cuanto por su nación, para que tolerase los grandes trastornos verificados en Occidente. Apenas habló una palabra de los sucesos de Bayona, tan chocantes, ni de la ocupación de Roma, tan brusca, limitándose á decir que los príncipes de España y el pontífice romano eran personajes de poca cuenta, que se habían hecho acreedores á su triste suerte por su incapacidad é incompatibles por su obcecación con el estado actual de las cosas en Europa. Sin embargo, añadía Alejandro, sólo comprendiendo como lo comprendía él el sistema de Napoleón se podía pasar con tanta facilidad por las catástrofes que acababa de presenciar el mundo; y para distraer la atención de los rusos de las que se estaban consumando en el Occidente, era preciso promover también en Oriente notables alteraciones. Por lo tocante á los enemigos de la Francia, declaró Alejandro que los miraría á todos como sus propios enemigos, pues accediendo al deseo de Napoleón se había constituido en guerra con la Gran Bretaña; y en cuanto al Austria ya casi nada le quedaba que hacer para convertirse en adversario declarado, puesto que para reprimirla estaba pronto á hacer uso de las manifestaciones más imponentes y decisivas, y si esto no bastaba, á pasar de las palabras á los hechos, es decir, á la guerra, con la condición no obstante de que recayese la sinrazón sobre la corte de Viena siendo ella la agresora.

Correspondió Napoleón á estas protestas de lealtad con toda la efusión posible, y exponiendo miras en todo idénticas. Expuso por su parte su resolución de prestarse á todos los incrementos razonables de la Rusia; pero se hizo fuerte en la imposibilidad de entenderse con respecto á ciertos puntos y á los apuros en que se veían actualmente los dos imperios los cuales le aconsejaban no intentasen hacer por entonces grandes mudanzas territoriales, cuando tantas y tan grandes en verdad había ya presenciado el mundo sin necesidad de añadir otra colosal como sería repartir el imperio turco y por completo. Examinando detalladamente los proyectos que tanto habían exaltado el ánimo de Alejandro y de Mr. de Romanzoff, discutió Napoleón por orden los diversos proyectos de partición propuestos, y para reducir más fácilmente al emperador Alejandro á sus miras se mostró, como siempre, terminante é inflexible por lo tocante al artículo de Constantinopla, esto es, en cuanto á la posesión de los estrechos, sin dar la menor esperanza de aquiescencia en este punto. Expuso en seguida las dificultades con que tendría que luchar la misma Rusia para arriesgarse inmediatamente á tamaña empresa: el Austria seguramente no accedería á ella por más ofertas que se le hiciesen, y preferiría una lucha desesperada á la partición del imperio turco; por

otra parte, la Inglaterra, el Austria, la Turquía sublevada en peso, la España y una parte de la Alemania, se unirían indefectiblemente de nuevo contra semejante trastorno de mundo entero. ¿Y era por ventura aquel el momento que habían de elegir los dos imperios para emprender una obra tan gigantesca? La Rusia tropezaba con graves obstáculos en la Finlandia, que en un principio había parecido tan fácil de sojuzgar como la España. Tenía un ejército en el Danubio, suficiente sin duda alguna para tener á raya á los turcos no ocurriendo un levantamiento nacional, y para hacer frente al Austria le quedaban muy escasas fuerzas. Era, pues, indispensable que por sí solo contrarrestase Napoleón al Austria, á la Inglaterra y á la España, y á los países alemanes que trataran de conmovirse; y aunque sin duda alguna podía hacerlo, puesto que tenía medios para anonadar á todos sus enemigos, no le parecía prudente emprender tantas cosas á la vez, y sin motivo plausible por otra parte, sólo por un objeto quimérico á fuerza de ser grande y sobre el cual no era posible llegasen jamás á entenderse los dos imperios. ¿Faltaban acaso proyectos más sencillos, más prácticos, y ciertamente más satisfactorios, en qué pensar? ¿No podía, por ejemplo, tratarse de algunas adquisiciones, ya bastante indicadas, que no sería difícil hacer aceptar á la diplomacia europea, aun sin salir de los medios pacíficos, y que por sí solas constituirían para la Rusia el resultado más brillante é inesperado? Si ésta por ejemplo lograba, como por consecuencia de los trastornos de la época, la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia, ¿no iba á levantarse por ventura bajo el reinado de Alejandro á la altura de los reinados más gloriosos y fecundos en engrandecimientos territoriales? La Francia por su parte no quería ya nada más: con que José tuviese la España y los franceses el poder temporal de Roma, todos sus derechos estaban cumplidos, y renunciaba á cualquier otro cambio territorial. En prueba de sus moderadas intenciones iba á distribuir á los príncipes de la Confederación del Rin los territorios alemanes que le quedaban de la desmembración de la Prusia. Bastábanle sus fronteras naturales; y la misma España, que acababa de invadir, no era una adquisición territorial sino un mero complemento de su sistema federal, puesto que al cabo la España permanecía independiente y separada bajo un príncipe de la casa de Borbón, en vez de continuar regida por un príncipe de la casa de Borbón. Todas estas ventajas podían conseguirlas la Rusia y la Francia por medio de la diplomacia, y con un nuevo esfuerzo de armas que hiciesen los rusos en Finlandia y los franceses en España. En efecto, era probable que la Europa, cansada de conmociones, al ver á ambos imperios tan poderosamente unidos, prefiriese la paz á una guerra azarosa; y en verdad que después de haber asegurado á la Rusia la Finlandia, la Valaquia y la Moldavia, y á la Francia el complemento de su sistema federal con la sumisión de la España al rey José, era la paz un desenlace bien admisible y bien lisonjero, que no podía menos de hacer la felicidad del universo cansado. Pero si la paz era imposible con semejantes condiciones, podían los dos imperios, después de sojuzgar el uno la Finlandia y el otro la España, lanzarse al porvenir desconocido é inmenso con que les brindaba el Oriente, y ha-

cerlo enteramente libres en sus movimientos, y enteramente dueños de sus fuerzas. Alejandro y Napoleón eran aún jóvenes, y podían esperar y aplazar la ejecución de sus vastos proyectos en Oriente.

Una vez admitida la situación singular que de este modo ponía en contacto á los dos soberanos de Oriente y Occidente para ventilar tales asuntos, nada era más prudente que ese sistema. Concluir lo que se había comenzado antes de lanzarse á nuevas empresas, era una resolución prudente inspirada á Napoleón por el primer revés que había sufrido y que contribuía también algo á hacerle grato cierta especie de cansancio de la guerra. ¡Plugiéase á Dios que hubiera sido más dócil á estos primeros escarmientos!

Para decirse todo esto emplearon Napoleón y Alejandro varios días. En cuanto á Alejandro, si se le negaba su anhelada Constantinopla, no había partición que le satisficiera. Lo único que quedaba ya que hacer era aplazar esta gran cuestión, de que pendía la suerte del antiguo universo, hasta otros tiempos en que la Rusia desconfiase más del Occidente; pero el substituir á estos proyectos gigantescos y excesivamente quiméricos una cosa positiva, tal como la cesión de las provincias del Danubio, mientras ésta no fuese ya más una vana promesa sino una donación segura é inmediata, podía también satisfacer al zar. Así lo reconocía este mismo en su buen criterio cuando pensaba en ello con ánimo tranquilo, persuadiéndose que este último plan era el que más le convenía, por cuanto nada tendría que ceder por su parte á la Francia en las playas de Oriente, ni la Albania, ni la Morea, ni la Tesalia, ni la Macedonia, ni la Siria ni el Egipto. Quedaría el antiguo y caduco imperio de los sultanes como una presa siempre dispuesta á ser devorada, y por de pronto se recibía un presente real y verdadero que hubiera parecido espléndido y exorbitante en cualquiera época menos familiarizada con los prodigios, que no debía ocasionar la menor pesadumbre, y que por último no costaba compensación alguna enojosa, puesto que al fin y al cabo que la España perteneciese á la familia de Borbón ó á la de Bonaparte podía interesar á la Inglaterra, pero de ningún modo á la Rusia.

Podía, pues, Alejandro acceder á las nuevas miras de Napoleón y hallar en ellas cumplidas satisfacciones. Ciertamente que en su proyecto no había ya nada de maravilloso, lo cual era un gran defecto para el joven soberano en su exaltación habitual. Cualquiera resultado positivo, por ventajoso que fuera, carecía á sus ojos de atractivo no reuniendo visos de extraordinario, y así la alianza francesa estaba expuesta á trocarse en su ánimo en una de aquellas fervorosas amistades que con tanta facilidad dejaba resfriar. No obstante, una cosa podía suplir en el corazón del joven emperador al prestigio de todos los proyectos de partición, y era la realización instantánea de sus deseos. Sentía estos deseos con toda la viveza de los apetitos juveniles, que siempre anhelan ser inmediatamente satisfechos, y su anciano ministro Mr. de Romanzoff, aunque en el extremo opuesto de la vida, participaba también de los deseos de su soberano con todo el ardor propio de la juventud. Deseaba con ansia, con premura, sin consentir tregua á la satisfacción de su anhelo, como si en su avanzada edad temiese no tener bastante tiempo para gozar de su gloria: ¡gloria esplén-

dida en verdad para un antiguo discípulo de Catalina el ganar para el imperio ruso las bocas del Danubio! Así, pues, el encanto de la prontitud era el que á toda costa quería Napoleón substituir al de lo maravilloso: quería dar inmediatamente lo que de dar fuese, para que no perdiese la donación su prestigio.

Admitido este nuevo sistema de composición, Alejandro y Mr. de Romanzoff dieron en cebarse con pasión inaudita en la idea de adquirir la Moldavia y la Valaquia, y se propusieron sacar de Erfurt, no ya una vana promesa, sino una realidad que pudieran anunciar públicamente al regresar á San Petersburgo (1).

Había hasta entonces tolerado Napoleón la ocupación momentánea de las provincias de Moldavia y Valaquia por los rusos, aunque no sin quejarse alguna vez de este abuso, ni sin amenazar con que la consecuencia forzosa de su continuación sería seguir ocupando los franceses la Silesia. Pero esta cuestión iba á cesar de todo punto. Era menester que la Francia consintiese por medio de un tratado formal en que la Rusia tomara definitivamente las provincias del Danubio y se comprometiese no sólo á ratificar esta adquisición sino también á hacer que la ratificasen la Turquía, el Austria y la misma Inglaterra cuando se abriesen tratos con ella. Por lo tanto, la Rusia iba á romper el armisticio con los turcos, á llevar sus ejércitos hasta el pie de los Balkanes, y acaso más allá, hasta Andrinópolis y Constantinopla si era preciso, para arrancar á la Puerta este sacrificio. En caso de que el Austria quisiese intervenir, todos de mancomún caerían sobre ella. Por lo que hace á la Inglaterra, mediando contienda declarada no había que tomar ningún partido nuevo con respecto á ella. A Napoleón era á quien tocaba hacerle acepto cuando se emprendiese en el resto del continente, escarmentándola con una derrota sangrienta en el territorio de la península.

No tenía Napoleón objeción alguna que oponer á estas ideas. Su propósito era hacer la concesión inmediatamente, por cuanto estaba penetrado de la necesidad de excitar una nueva pasión en el alma de Alejandro. Deseaba solamente proceder con cierta prudencia al anunciar las resoluciones que habían que tomarse en Erfurt para no comprometer la tentativa de pacificación general que quería fuese el resultado de aquellas vistas. Aceptó, pues, el principio de que la Rusia entrase inmediatamente en posesión de la Moldavia y de la Valaquia; faltaba sólo concertarse sobre el modo de darle publicidad, y este era asunto de mera redacción que se dejó al cuidado de los ministros de los dos soberanos.

Al ver satisfechos así sus deseos, Alejandro y Mr. de Romanzoff experimentaron un júbilo casi igual al placer que tres meses antes habían disfrutado soñando con la conquista de Constantinopla. Había, pues, logrado Napoleón su objeto de contentar á Alejandro con una donación limitada, aunque inmediata, lo mismo que si se hubiera valido de la más espléndida perspectiva que fuese algo dudosa. En el arreglo de estos puntos habían transcurrido los ocho ó diez primeros días de la entre-

(1) En el archivo de la secretaría de Estado se conservan cartas de Mr. de Champagny del mayor interés, que participando á Napoleón las pláticas del mismo, que las escribe con Mr. de Romanzoff, dan la más singular idea de la impaciencia del ministro ruso. Más adelante trasladaremos algunos trozos que retratan esta impaciencia con toda su verdad. (N. del A.)

vista. Había presidido constantemente la más refinada cortesía en las relaciones de ambos soberanos, mas desde este instante manifestaron los dos nueva satisfacción al hallarse juntos. Alejandro principalmente parecía mirar ya la política como negocio de afección: en el paseo, en la mesa, en el teatro, en todas partes se mostraba familiar, solícito, cariñoso y hasta entusiasta con su ilustre aliado. Cuando hablaba de él lo hacía con palabras de admiración que llamaban la atención de todos.

Vino á ser Erfurt un punto de reunión de soberanos el más extraordinario de que hace mención la historia. Agregáronse á los emperadores de Francia y Rusia, al gran duque Constantino, al príncipe Guillermo de Prusia y al rey de Sajonia, los reyes de Baviera y Wurtemberg, el rey y la reina de Westfalia, el príncipe primado, canciller de la Confederación, el gran duque y la gran duquesa de Baden, los duques de Hesse Darmstadt, de Weimar, de Sajonia-Gotha, de Oldemburgo, de Mecklemburgo Strelitz y Mecklemburgo Schwerin, y otros muchos que sería prolijo enumerar, acompañados de sus gentileshombres y ministros. Comían diariamente en el palacio del emperador, cada cual ocupando el puesto debido á su categoría. Por la noche iban al teatro, formado en un salón que Napoleón había hecho disponer y decorar al efecto, y de allí pasaban al alojamiento del emperador de Rusia, donde se terminaba la reunión. Advirtió Napoleón que Alejandro experimentaba cierta dificultad en comprender á los actores á causa de la debilidad de su oído, y mandó alzar un estrado en el paraje que en los teatros modernos suele ocupar la orquesta, donde sentados los dos emperadores en sendos sillones estaban en completa evidencia. A uno y otro lado se extendían los asientos de los reyes; detrás, esto es, en la platea, estaban los príncipes, ministros y generales, que fué lo que dió origen al dicho tan común de que en Erfurt había un auditorio de reyes. Después del *Cinna* se representaron la *Andrómaca*, el *Británico*, el *Mitridates* y el *Edipo*. Ocurrió en esta última representación un hecho singular que produjo en los espectadores grande admiración y contento: Alejandro, rebosando en su corazón el júbilo que Napoleón había sabido inspirarle, dió á éste una prueba de halagueña y amable lisonja: al llegar á aquel verso de Edipo en que se dice: *La amistad de un hombre grande es un beneficio de los dioses* (1), cogió á Napoleón la mano de manera que pudiesen advertirlo todos los asistentes y se la apretó fuertemente. Esta oportunidad causó en el concurso un movimiento de sorpresa y de unánime adhesión.

Acababa de llegar á Erfurt un personaje para quien todas estas demostraciones y todo aquel fausto eran un torcedor que le causaban amarguísima pesadumbre: era el representante del gabinete austriaco Mr. de Vincent. Enviábale allí su soberano, en la apariencia, para cumplimentar á los dos grandes emperadores que se habían avistado á las puertas, por decirlo así, de su imperio; pero realmente para que observase lo que ocurría, penetrase si era posible el secreto de la entrevista y manifestase con todo decoro su queja por haber sido el Austria desatendida, dando á entender con toda claridad que si el emperador Francisco hubiese sido invita-

(1) *L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux*, dice el texto. (N. del T.)

do, se hubiera apresurado á concurrir, que su presencia no podía haber perjudicado al brillo de aquella entrevista y que su adhesión tampoco habría servido de obstáculo al cumplimiento de las resoluciones que allí pudiesen adoptarse.

Tenía Napoleón trazada de antemano la conducta que debía seguirse para con el enviado austriaco: en primer lugar, para que los secretos de la entrevista se guardasen con toda religiosidad, los depositarios eran sólo cuatro personajes, los dos emperadores y sus dos ministros, Romanzoff y Champagny. Alejandro y Romanzoff por el interés de su ambición, Napoleón por el de su política general y Mr. de Champagny por su discreción á toda prueba, eran incapaces de dejar traslucir la más leve parte del secreto de las negociaciones. El mismo Mr. de Talleyrand lo ignoraba, porque Napoleón desconfiaba de él cada día más, especialmente cuando se trataba de relaciones con el Austria. No le habían en verdad ocultado que el objeto de las vistas era estrechar á los dos imperios de Francia y Rusia y aun fijar por medio de un convenio los principios de su alianza; pero el objeto positivo de las resoluciones fué siempre para él un misterio profundo. Nada se decía, pues, á Mr. de Vincent, y cuando se quejaba de que su soberano hubiese sido excluido de aquella reunión imperial, se le respondía, sin muchos miramientos, que esto era consecuencia de sus armamentos inexplicables; que para ser asociado á una política cualquiera era preciso ante todo no mirarla con malos ojos, y no aparentar deseo de suscitar contra ella todas las fuerzas del Estado; que lo único que el Austria recabaría de semejante conducta sería que se la tuviese cada día más desviada de los graves negocios europeos, y que si aspiraba á una estrecha intimidad no le quedaría más recurso que solicitarla de la Inglaterra.

La posición de Mr. de Vincent era más falsa cada día, y para hacerla embarazosa y hasta humillante desplegabá Napoleón, á pesar de una refinada cortesía aparente, una malicia que secundaba Alejandro como mejor podía. El único refugio de Mr. Vincent era Mr. de Talleyrand, el cual más adicto cada día á la política austriaca, se esforzaba en tranquilizarle asegurándole que no ocurría nada de particular, y que sólo se fingía intimidad con objeto de mantener la paz que tanto ansiaban todos. Eran muy frecuentes las reuniones en casa de la princesa de Latour y Taxis, señora distinguida, hermana de la reina de Prusia, á cuya tertulia acudía todo lo más selecto y el mismo emperador Alejandro. Insinuábase en ella todo lo que no se quería manifestar claramente en las conferencias diplomáticas, y Mr. de Talleyrand era, como vamos á ver, el agente habitual de esta clase de comunicaciones. Todo era allí ingenio, agudeza y gracia, y veíase á los reyes, ministros y generales alternar familiarmente con los hombres de genio de Alemania, como Goethe y Wieland, que acompañaban á los príncipes de Weimar, sus augustos protectores. Allí era donde acudían todos á adivinar lo que no alcanzaban á descubrir, y á huronear los grandes pensamientos políticos y militares por las palabras sueltas que se decían. El pobre Mr. de Vincent se hilaba los sesos haciendo conjeturas, observaciones é indagaciones de toda especie, y se gozaban cruelmente en su manifiesta tortura los dos emperadores, que se habían propuesto castigar al Austria por su conducta imprudente y hostil.